

## LA IDEOLOGIA ECONOMICA DE LOS ANARQUISTAS EN CATALUÑA Y EL PAIS VALENCIANO \*

(UNA APROXIMACION AL TEMA)

### I

La comprensión de los movimientos sociales en dos de los países catalanes —País Valenciano y Cataluña— no es tan sólo un proceso de reconstrucción de los acontecimientos cronológicos, o una exposición de las aspiraciones económicas o sociales del campesino y del proletariado, así como sus planes tácticos para lograrla. La penetración, también en su concepción ideológica, es una labor inexcusable para el historiador actual, que debe encauzar el estudio de cómo entendían e interpretaban las organizaciones obreras la sociedad en que vivían, es decir, con qué tipo de análisis jugaban a la hora de desencadenar sus acciones reivindicativas.

En este sentido, sopesar «el pensamiento económico» del anarquismo en Cataluña y País Valenciano va dirigido a un intento de esclarecer la manera en que los anarquistas, que tanta importancia tuvieron en estos países, contaron con las realidades económicas.

Es cierto que si los anarquistas no hubieran representado un papel de primer plano en el movimiento obrero catalán y valenciano —así como en otras zonas de España: Andalucía o Galicia— no merecería —como en los manuales— más que dos o tres renglones dedicados a su pensamiento económico; porque no cuenta con la suficiente autonomía para un estudio teórico del mismo, es por lo que proponemos hablar más de ideologías económicas que de concepción teórica propia. Así, una cata a la prensa y a las obras de anarquistas que llevaron su práctica política en Cataluña y Valencia sobre las cuestio-

\* Quisiera agradecer a Emili Gasch y Francesc Roca que se brindaran a perder su tiempo conmigo para discutir muchos de los puntos que se tratan en este trabajo. Sus puntualizaciones me han sido de una gran ayuda.

nes económicas, nos dará la medida del contenido ideológico-económico del anarquismo, y podrá contribuir desde otra dimensión a dilucidar la respuesta, clásica ya en la historiografía contemporánea, de por qué el anarquismo arraigó en estos países.

#### INTERPRETACIONES DEL FENÓMENO ANARQUISTA

Una introducción básica al tema no puede eludir la serie de interpretaciones que el anarquismo ha recibido a lo largo de su historia, y cómo ella se ha adaptado a lo que ha sido denominado «el caso español».

Existen pocos estudios ideológicos actuales sobre el anarquismo, aunque de un tiempo a esta parte, a tenor del mayo francés de 1968, ha tenido un mayor número de trabajos; éstos, salvando algunas inteligentes aportaciones, han repetido las críticas ya conocidas, o son tan sólo simples panegíricos de viejos o nuevos militantes, que han creído ver un renacimiento de sus ideas: «Nothing fails like failure —nos dice Nicolas Walter— the less anarchists are read the less they write, and the less they are written about.»<sup>1</sup>

La crítica del anarquismo ha venido fundamentalmente de los teóricos del marxismo, quienes, desde el mismo Marx, dedicaron diversos trabajos, tanto a los presupuestos filosóficos anarquistas como económicos y políticos. El libro *Miseria de la Filosofía*, de Marx, puso en evidencia las incompatibilidades con Proudhon; y las relaciones posteriores con Bakunin en la I Internacional perfilaron, con la colaboración de Engels, los fundamentos críticos del marxismo. Los comentarios de Marx sobre las ideas anarquistas traslucen con claridad su sorna y dureza crítica. Marx no duda en tachar a las ideas de los teóricos ácratas de «tonterías» o «estupideces», o desconocimiento de las estructuras económicas. Cuando critica la frase de Proudhon de que «los salarios determinan los precios», recogida de uno de sus últimos trabajos: *De la capacité politique des classes ouvrières*, afirma:

«Those who have not the faintest notion of political economy and do not know that the great bourgeois economist Ricardo in his *Principles of Political Economy*, published in 1817, refuted once and for all this traditional error know that remarkable fact of English industry, which can offer its products at a price greatly inferior to that of any other nation while the wages are relatively higher in England than in any other country in Europe.»<sup>2</sup>

Marx y Engels tacharían de «pequeños burgueses» y socialistas utópicos a los anarquistas, por ser incapaces de asimilar las nuevas formas de producción capitalista y no saber adaptarse a sus condiciones de lucha; en este sentido Engels, en su ya clásico libro sobre los sucesos de Alcoy de 1873, critica

<sup>1</sup> WALTER, NICOLAS, «Anarchism in Print: yesterday and today», en *Anarchism today*, Ed. by David E. Apter and James Joll, London, 1971, p. 127.

<sup>2</sup> MARX, KARL, «Indifference to politics», en MARX, ENGELS and LENIN, *Anarchism and anarcho-syndicalism*, Moscú, 1972, p. 98. Recopilación de todos los trabajos de los autores, que aluden al anarquismo.

la acción de los bakuninistas de no medir las consecuencias de sus acciones y lanzarse a una lucha estéril y sin resultado, porque «España es un país muy atrasado industrialmente y, por lo tanto, no puede hablarse de una emancipación inmediata y completa de la clase obrera. Antes de esto, España tiene que pasar por varias etapas previas de desarrollo y quitar de en medio una serie de obstáculos»<sup>3</sup>.

El desarrollo de ambas tendencias dentro del movimiento obrero hará que el marxismo de la socialdemocracia europea de finales del siglo XIX trate de rebatir a los grupos anarquistas que proliferan por Europa con el lema de la «propaganda por la acción». El libro de Plejanov *Contra el anarquismo*<sup>4</sup>, constituye una muestra de esta situación, quien, recogiendo la tradición del estudio de Engels *Del socialismo utópico al socialismo científico*, llega a la conclusión de que el anarquismo no es más que una forma de socialismo utópico. Sin embargo, las disidencias dentro de la propia socialdemocracia provocarían una serie de matizaciones sobre el anarquismo, que si desde el punto de vista teórico las posiciones no cambian sí lo van a hacer desde una nueva consideración política, como ocurre en los párrafos dedicados a los anarquistas en el libro de Lenin *El Estado y la Revolución*, donde se matiza el rol del Estado en la sociedad socialista y se especifica la desaparición del mismo después de la dictadura del proletariado. Lenin precisa que el anarquismo no es más que una ideología pequeño burguesa, propia de países donde no hay un desarrollo industrial importante, y su extensión es una consecuencia de los errores tácticos y teóricos de la socialdemocracia en el movimiento obrero: «Anarchism was not infrequently a kind of penalty for the opportunist sins of the working-class movement.»<sup>5</sup>

Gramsci, siguiendo el pensamiento marxista, pero aportando su propia originalidad, afirma que «l'anarchismo non è una concezione che sia propria della classe operaia e solamente della classe operaia: ecco la ragione del "trionfo" permanente, della "ragione" permanente degli anarchici. L'anarchismo è la concezione sovversiva elementare di ogni classe oppressa ed è la coscienza diffusa di ogni classe dominante»<sup>6</sup>.

Desde estas aportaciones de los teóricos marxistas hasta la actualidad, se han repetido —salvando, en cierto modo, el estudio de Preobayenski *Anarquismo y Comunismo*, que analiza más bien las diferencias teóricas y tácticas de ambos en la construcción de la sociedad socialista—, con más o menos variantes, las críticas del marxismo a la ideología anarquista. Tan sólo Gian

<sup>3</sup> ENGELS, F., *Los bakuninistas en acción*, Madrid, 1968, p. 12.

<sup>4</sup> El libro de Plejanov se publicó primeramente con el título de *Anarquismo y socialismo*, y ha tenido una reedición reciente en castellano con el título *Contra el Anarquismo*, Buenos Aires, 1969.

<sup>5</sup> LENIN, «Left-wing, comunism and infantile disorder», en *Anarchism and anarcho-syndicalism*, *op. cit.*, p. 305.

<sup>6</sup> GRAMSCI, ANTONIO, «Discorso agli anarchici», *L'Ordine Nuovo 1919-1920*, Einaudi, 1970, p. 398.

Maria Bravo, en nuestros días, en el prólogo a una recolección de artículos de Marx y Engels sobre el tema, ha manifestado algo que ya estaba implícito en Marx y en Lenin: el anarquismo no es sólo una concepción de la realidad social en una época determinada, sino que puede interpretarse también como la táctica espontaneísta del izquierdismo, que rebrota en diversas coyunturas de la sociedad capitalista <sup>7</sup>.

### EL ANARQUISMO DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

Es curioso que en la Península Ibérica, donde el anarquismo ha tenido su mayor arraigo y permanencia, la historiografía contemporánea, en su mayor parte, haya descuidado hasta fechas bien recientes el análisis del porqué de la extensión y el asentamiento del movimiento libertario; hecho, sin duda, paralelo a los escasos trabajos de investigación que sobre él existen.

Las interpretaciones han venido enfocadas desde ángulos muy distintos, y podríamos dividir las en tres apartados:

#### a) *Las de orden público*

Si se buscan fuentes no anarquistas de finales del siglo XIX, cuando el terrorismo es una preocupación para los Estados europeos y americanos, encontraremos que las clases dominantes y dirigentes de la Restauración llevan a cabo, a través de una proliferación de textos, el doble papel de reprimir y justificar dicha represión contra el anarquismo, combatiéndolo ideológicamente. El anarquismo se convierte así tan sólo en una doctrina subversiva, que ataca las bases naturales de la sociedad y hay que extirpar, como cualquier enfermedad del cuerpo humano:

«El anarquismo —decía Polo y Peyrolón en 1908— tiene desarrollado como nadie el espíritu de proselitismo y de propaganda, y tomando pie, unas veces, de las injusticias y deficiencias sociales, que todos reconocemos, y únicamente puede aminorar o corregir la ley de Cristo y la influencia de la Iglesia Santa, calumniando otras a las instituciones y entidades sociales más benéficas y venerandas; practicando la anarquía, por último, en las esferas todas de su vida para predicar con el ejemplo, que es la más eficaz de las predicaciones, y menospreciando, lujuriano y hasta blasfemando siempre de todo cuanto nosotros entendemos digno de consideración y de toda clase de respeto, el anarquista hace su agosto entre los menesterosos y desgraciados, materia siempre adecuada y predispuesta para derramarse en odio contra los ricos y felices.» <sup>8</sup>

Juicios como éste, con alguna que otra variante, pero conservando siempre el mismo tono ideológico, se han ido repitiendo hasta la actualidad <sup>9</sup>.

<sup>7</sup> MARX-ENGELS, *Marxismo e Anarchismo. Introduzione e note di Gian Maria Bravo*, Roma, 1971.

<sup>8</sup> POLO Y PEYROLÓN, M., *Anarquía Fiera y Mansa*, Valencia, 1908, p. 14.

<sup>9</sup> Una muestra la tenemos en el libro de COMÍN COLOMER, EDUARDO, *Historia del Anarquismo Español*, 2 tomos, Barcelona, 1956.

b) *Las interpretaciones políticas*

Las organizaciones políticas peninsulares tuvieron que enfrentarse con el anarcosindicalismo en los avatares de las luchas sociales por las que atravesó España en las postrimerías del siglo XIX hasta 1939. Las derechas no entendían más que el proceso del orden por encima de todas las cosas, y los partidos republicanos de «izquierda» se plantearon el problema, en la mayoría de los casos, como una cuestión exclusivamente política, en el sentido parlamentario del término, o afirmaron la caracterología individualista del «español», en el caso de los partidos peninsulares castellanos; o del sentido de independencia del obrero catalán para los grupos políticos republicanos del Principado. La interpretación sociologista-racial ha perdurado también en nuestros tiempos, apoyada incluso en testimonios anarquistas que, como Federica Montseny, opinaban que:

«miremos en el partido que miremos, todos en el fondo tenemos el mismo orgullo racial a ponernos de acuerdo contra la humillación; contra el poder, de no importa quién, nos unimos todos. Por eso en España han sido tan difíciles las dictaduras, y si han conseguido implantarse han sido dictaduras de opereta, y cuando se ha querido imponer una verdadera dictadura entonces el pueblo ha preferido la muerte a la esclavitud»<sup>10</sup>.

Son los líderes marxistas los que tratarán de profundizar en el tema, y cuando al enfrentarse con el movimiento ácrata en la lucha política o sindical criticarán sus tácticas tachándolas de aventuristas, procuran explicar la cuestión de la fuerza del anarquismo en la península, cuando el resto de Europa poseía tan sólo núcleos aislados y dispersos<sup>11</sup>. Las opiniones son diversas, pero no contradictorias, yuxtaponiéndose entre sí: estructura precapitalista de la industria, con una escasa concentración, que suponía una intensa dispersión de los centros fabriles, lo que serviría para explicar el caso catalán: «és el carácter petit-burgès de la nostra economia —decía André Nin—, on s'ha de cercar, al nostre entendre, la causa fonamental de la facilitat amb què l'anarquisme ha arrelat a Catalunya...»<sup>12</sup>. Se alude también al reformismo del socialismo de Pablo Iglesias, que no supo plantear alternativas acordes con la situación obrera, o al carácter centralista o burocrático del Partido Socialista, que apartaron de él a las masas anarquistas de países de la península que tenían una fuerte tradición anticentralista y federalista, como el País Valenciano o Cataluña, donde la división entre FAI y reformistas-trentistas —decía Mira-

<sup>10</sup> MONTSENY, FEDERICA, «El anarquismo militante y la realidad española», conferencia pronunciada en Barcelona, enero de 1937.

<sup>11</sup> Balcells ha dado a conocer una interesante polémica entre distintos dirigentes del movimiento obrero catalán, incluyendo un prólogo donde hace un replanteamiento de la cuestión, *Arraige del anarquisme a Catalunya*, Barcelona, 1972. Hay también una edición en castellano, Barcelona, 1973.

<sup>12</sup> NIN, ANDRÉ, «Per què el nostre moviment obrer ha estat anarquista?», recogido por BALCELLS, *op. cit.*, p. 110 de *L'Opinió*, núm. 26, 11 de agosto de 1928.

vitiles— tenía raíces económicas y geográficas: «En "los Treinta" predomina (o predominaba en sus orígenes) obreros catalanes. En la FAI, los procedentes de otras regiones ibéricas.»<sup>13</sup> Tesis que, posteriormente, sería reelaborada por Vicens Vives.

c) *Las interpretaciones socioeconómicas*

Cuando, después de la guerra civil, la historiografía —extranjera, por lo general— dedicada a los temas contemporáneos peninsulares se replanteó el problema del anarquismo desde ángulos que contaban con más variables, intentando con ello dilucidar más científicamente lo que había representado el movimiento anarcosindicalista, el salto cualitativo fue importante. Desde Brennan hasta Hobsbawm, pasando por Pierre Vilar y Vicens Vives, se pretendió solucionar la cuestión contando con la situación social y económica de la sociedad contemporánea; pero, cosa curiosa, no se aportó mucho más de lo que las figuras políticas españolas habían dicho ya: base agraria, minifundio industrial, falta de intelectuales socialistas, fracaso del liberalismo político, etc.

En el fondo, el planteamiento del problema del arraigo del anarquismo en Cataluña, País Valenciano, Andalucía o Galicia resultaba todavía apriorístico y, en cierta manera, especulativo, porque muchas de estas respuestas, aun sin poder negarse de una manera absoluta, adolecían de cierto esquematismo, en cuanto se aplicaban al anarquismo las secuelas de otros problemas estudiados; así, los continuos avatares del agro ibérico durante los tiempos contemporáneos: la desamortización, las crisis de subsistencias, el dualismo latifundio-minifundio, las dificultades de la industrialización, etc., servían para explicar mecánicamente el fenómeno del anarquismo, y aunque sería absurdo negar que no puede haber estudios precisos de los movimientos sociales sin aludir a las condiciones estructurales y coyunturales de una economía y de una sociedad determinada, no se puede tampoco pretender una respuesta inmediata sin estudiar el movimiento en cuestión desde dentro; en el caso concreto del anarquismo no se ha estudiado detenidamente la manera en que los libertarios han interpretado los acontecimientos que estaban viviendo y cuáles han sido sus soluciones.

Resulta muy fácil decir que el anarquismo es una ideología campesina que surge como respuesta a la sociedad industrial, o que corresponde al nivel de conciencia del subproletariado urbano, o también que es tan sólo la expresión de los pequeños propietarios y artesanos, porque se ha extendido en países con alguna de estas características: España, por ejemplo, país agrario; los pequeños propietarios del Jura suizo, los lugares de dispersión de la industria, como Cataluña, o en los cinturones industriales de París o Buenos Aires, donde habitaría lo que ha dado en llamarse el *lumpen*-proletariado; pero nos encon-

<sup>13</sup> MIRAVITLLES, JAUME, «¿Por qué hay anarquismo en España?», recogido por BALCELLS —edición castellana—, *op. cit.*, p. 169, de *Los obreros y la política*, Barcelona, 1932.

tramos también con que el fenómeno no es universal y mecánico, en cuanto que no puede establecerse una ley absoluta, porque existen países agrarios con problemas muy parecidos al de España —Italia puede citarse entre ellos— donde el anarquismo no ha arraigado de igual manera ni ha tenido la fuerza suficiente para desbancar a las organizaciones marxistas; Cataluña, aun con su dispersión, posee un índice industrial, a principios de siglo, superior a muchas regiones francesas o italianas; en muchos lugares los pequeños propietarios no se han identificado con las ideas ácratas. Las generalizaciones de acontecimientos poco estudiados son siempre negativas, y por ello el problema debe invertirse; no conviene empezar *a priori* a saber cuáles son las causas de la perduración anarquista, sino por dilucidar primero en qué condiciones propias ese anarquismo se desenvuelve, es decir, una simple precisión positivista, lo que los británicos llaman la «*perception history*», que no debe, por otra parte, perder de vista la interpretación teórica.

#### LA APORTACIÓN DE J. TERMES

Termes, en sus estudios sobre el movimiento anarcosindicalista catalán<sup>14</sup>, ha reflejado que el principal elemento a la hora de valorar las explicaciones del fenómeno del anarquismo en Cataluña es la negación del Estado, porque es en Cataluña donde la tradición federalista era importante y donde el Estado cumplía un papel de explotación doble —por subyugador de una nacionalidad y por representar los intereses de una clase—. El proletariado no veía en él el cauce propicio para sus aspiraciones, ya que para ellos era algo ajeno —extranjero—, no sólo en sus intereses como clase, sino en la expresión cultural mínima. El Estado nada daba, tan sólo exigía. El caso del País Valenciano podría también adaptarse a este esquema.

El propósito del presente trabajo se orienta a enfocar la cuestión de los fundamentos económicos de los anarquistas en sus realizaciones de la sociedad a la que aspiraban. El asunto creemos tiene interés por dos motivos: en cuanto nos dará la medida de la capacidad de análisis de los problemas económicos de la época de un movimiento que desempeñó un papel de gran importancia en la historia social de Cataluña y el País Valenciano y, segundo, por conocer el grado de importancia con que consideraban los libertarios los temas de la producción-distribución en la sociedad anarquista.

<sup>14</sup> Termes ha realizado el único estudio exhaustivo de la I Internacional en España, *Anarquismo y Sindicalismo en España. La I Internacional, 1864-1891* (Barcelona, 1970), donde aborda las conexiones del movimiento obrero con el federalismo catalán. Véase también sus declaraciones a *Destino* el 19 de agosto de 1972.

## II

El problema de las actitudes económicas del anarquismo resulta una cuestión difícil de deslindar, porque el mismo concepto de anarquismo es, desde el principio, complicado de precisar en una definición completa y uniforme. A la pregunta de qué es el anarquismo, puede, hoy por hoy, tan sólo contestarse, si no se quiere caer en la especulación y en la vaguedad, con una historia del mismo y lo que representó en aquellos lugares donde se extendió; tal vez, porque resulte absurdo identificarlo con un todo compacto, al igual que la idea hegeliana, y sea más apropiado hablar de anarquismos. El anarquismo resultaría así tan sólo un término genérico, en el cual cabe incluir una serie de interpretaciones de la realidad, que tienen como base común el aspirar a una organización de la sociedad, donde el Estado, como forma política de ordenación social, no exista; pero, después de esto, las escuelas, con sus diferentes concepciones, pondrían por medio actitudes y aspiraciones dispares y, no pocas veces, contradictorias; sin embargo, se nos antoja que esta interpretación no cuaja del todo al profundizar sobre ella: en realidad, también el marxismo posee diferentes escuelas interpretativas, no sólo en el campo político, sino también desde el punto de vista de la ciencia económica y social; y, no obstante, podemos disponer de unos elementos para definirlo con cierta imparcialidad. En cambio, los anarquismos, con sus diferencias cualitativas importantes, poseen un elemento común que, por su vaguedad, resulta poco clarificador; porque no creer en la capacidad del Estado como órgano rector social es algo a lo que otros grupos, sin llamarse específicamente anarquistas, también estarían dispuestos a aspirar en un mañana lejano. Encontramos así, en los más importantes pensadores ácratas<sup>15</sup>, una profusión de publicaciones que están describiéndonos las consecuencias de la sociedad capitalista en la que ellos viven: un campesinado sin tierras o/y de pequeños propietarios, o una vida llena de los padecimientos del obrero fabril, pero señálese que se dice *describiendo*, no *analizando* los fenómenos que están observando, análisis económico se entiende, porque las derivaciones éticas o sociales que se utilizan en sus conclusiones deben considerarse dentro de un pensamiento político y no económico; por otra parte, existe toda una literatura que especula con cierta seguridad con la estructura que la sociedad futura habrá de adoptar cuando la revolución anar-

<sup>15</sup> Proudhon tiene algo de análisis económico, y así sus obras *Filosofía de la Miseria* y *¿Qué es la propiedad?* contienen distintas opiniones sobre las polémicas económicas de su tiempo. Pero ni Bakunin ni Kropotkin aportaron nada nuevo al análisis económico, como reconoce Shumpeter: «Mijail Bakunin (1841-1876), la aversión favorita de Marx, no tiene lugar alguno en la historia del análisis, y él habría sido el primero en admitirlo», aunque el mismo Shumpeter admite que, «desde luego, en una historia del pensamiento económico y político (*no del análisis*), tanto él —Kropotkin— como Bakunin son de enorme importancia». (El subrayado es nuestro.) SHUMPETER, *Historia del análisis económico*, Barcelona, 1971, p. 516.



quista haya sido consumada, elemento éste que ha servido para etiquetarlos de utópicos, sobre todo por parte de los marxistas, como ya vimos, que, siguiendo en líneas generales la tradición de Marx, eran poco propicios a sacar conclusiones de lo que había de ser el mundo futuro.

Es así que incluso las fuentes directas de los viejos teóricos no revierten en una mayor clarificación del pensamiento libertario, posiblemente porque el predominio de factores morales o ideológicos se superponen al análisis científico, produciendo, sin duda, una dispersión de conceptos que unas veces se yuxtaponen y otras se contraponen, pero que en la mayoría de los casos son ideas generales y abstractas que necesitan ser replanteadas desde cada realidad concreta. «¿En qué se basan las ideas anarquistas? —diría en 1937 Gastón Leval, anarquista francés radicado en España—. ¿Cuáles son sus objetivos? ¿Cómo realizarlos? He aquí cuestiones sobre las cuales debemos ponernos de acuerdo, porque, a pesar de todo cuanto se diga, este acuerdo no existe [...] en los teóricos más capaces de esta rama.»<sup>16</sup>

Vistas las dificultades de concreción conceptual con que nos enfrentamos, el único camino válido está orientado a indagar de qué manera los anarquistas de Cataluña y País Valenciano, en cuanto que su influencia en el movimiento obrero de estos países tuvo una duración y una importancia desconocida en cualquier otro lugar del mundo, fueron enfrentados a las cuestiones económicas, enfrentamiento que a nivel teórico no se explicita de una manera completa hasta los años de la II República. Pero ¿y antes, qué concepciones sobre las coyunturas económicas que vivieron desde finales del siglo XIX hasta 1931 sustentaron los militantes ácratas?

Tomando como fecha del inicio de nuestro estudio 1881, año del certificado de la defunción de la lánguida Federación Regional Española, hasta 1939, los períodos cronológicos de antes y de después de la II República corresponden también a dos actitudes diversas ante los problemas económicos.

Desde 1881 a 1930 no existen definiciones precisas sobre las cuestiones que habrá de afrontar la sociedad que desee instaurar el comunismo libertario, previo análisis de la situación presente. Hay tan sólo una crítica ética de las condiciones en que se vive, con ideas generales de que la posesión de la propiedad privada y la acumulación de riqueza por los propietarios es la causa del malestar de la sociedad, y que todo ello existe por la falta de justicia que produce la existencia de un Estado, al cual se ve no como la expresión lógica de los detentadores de la riqueza, sino como la causa que ha motivado que la acumulación de propiedad persista en la sociedad, aparte también de ser raíz de subyugamiento del hombre por el hombre; en este sentido, la revolución rusa, una revolución «estatista», será desechada por los anarquistas, ya que el Estado no puede llegar nunca a conseguir la verdadera justicia social, porque la «anarquía», como decía Soledad Gustavo en 1902, además de ser la representación sin Gobierno, es la genuina expresión de la libertad total: libertad

<sup>16</sup> LEVAL, GASTÓN, *Precisiones sobre el anarquismo*, Barcelona, 1937, p. 3.

de pensamiento, libertad de acción, libertad de expresión, libertad de desenvolverse, todos cuantos conceptos pueden considerarse libres, los representa la acracia»<sup>17</sup>, y los anarquistas «no debemos ni podemos cerrar nuestro criterio en los estrechos moldes de un sistema económico»<sup>18</sup>.

Sin entrar en estos lindes metafísicos, otros entendían que no existe verdadera economía si no hay justicia social; así, decía Anselmo Lorenzo, que lo que tradicionalmente y por los explotadores se entiende por «justicia» y «economía», en el mundo de la razón y de la ciencia es «injusticia y despilfarro». La producción, pues, tal como hoy está organizada, es la negación de la economía:

«Las necesidades de la vida son apremiantes e imprescindibles: para llenarlas cumplidamente era necesario tener una noción justa del derecho para que todo consumidor cumpliera sus deberes sociales sin faltar a la justicia, y después necesitábase un conocimiento suficiente, ya que absoluto no era posible, de la materia utilizable y adaptable a las necesidades humanas, juntamente con una organización equitativa del trabajo, del cambio y de la distribución de los productos. ¿Puede creerse que con la carencia de circunstancias tan esenciales existiera la economía? Las crisis industriales, las aglomeraciones de habitantes en los grandes centros de población, la miseria de las poblaciones rurales, las emigraciones en masa y las guerras para la conquista de nuevos mercados dan también respuesta negativa.»<sup>19</sup>

No resulta extraño tampoco que se desprecie a los economistas por creer que su función está destinada a la defensa de la sociedad capitalista, pero este desprecio no se concreta en lo que pudiera ser llamado «economistas del sistema», sino que implica una negación de toda la actividad del pensamiento y la ordenación económica dentro de los límites del mundo en que se vive:

«Los señores economistas que tanto se afanan en la clarificación minuciosa de la riqueza, producto natural del trabajo, catalogándola en categorías y especies de notable diferenciación entre sí, no guardan la misma minuciosidad rigurosa cuando se trata de la repartición equitativa de los productos sociales entre obreros y capitalistas [...]. La misión científica de los señores economistas en cuanto se relaciona con el examen detallado de las causas y concausas que producen las grandes crisis económicas paralizadoras de la actividad y el trabajo, resulta totalmente nulo, ya que su acción investigadora parece hallarse limitada, casi exclusivamente, al estudio circunstanciado de la producción y de la circulación de los productos [...]. Esta ciencia, la enmarañadora pseudociencia de los señores economistas, resulta tanto más inútil y ambigua cuanto más se priva de toda deducción justiciera [...], ya que sólo se cuida de armonizar habilidosamente lo real con lo falso [...]. Los honorables jerifaltes de la economía política, hábiles manejadores del enredo silogizado, se valen de toda especie de argucias, sofismas e ingeniosas capciosidades para eclipsar temporalmente las nuevas verdades redentoras proclamadas por la sociología y defendidas por la razón y el sentimiento.»<sup>20</sup>

<sup>17</sup> GUSTAVO, SOLEDAD, «Concepto de Acracia», *La Revista Blanca*, 1-12-1902, n.º 107.

<sup>18</sup> GUSTAVO, SOLEDAD, *ibidem*.

<sup>19</sup> LORENZO, ANSELMO, «Justicia y Economía», *La Revista Blanca*, 10 de agosto de 1902, n.º 100.

<sup>20</sup> LUBEN, DONATO, «La ciencia de los economistas», *La Revista Blanca*, 15 de julio de 1903, n.º 120.

Normalmente, textos como los anteriores están dándonos las pautas del contenido real del nivel de análisis de los anarquistas, y aunque las conclusiones teóricas no se explicitan de una manera tan clara, están siempre latentes en el diagnóstico y tratamiento de cualquier problema. Los dardos críticos de las diferentes publicaciones ácratas de este período, al margen de los asuntos concretos diarios, casi como una constante marcan, por una parte, la situación del campesinado y los problemas que éste tiene con la tierra, y por otra, las condiciones míseras en que vive el obrero de la ciudad; pero este segundo problema deriva del anterior, la tierra es la fuente de la riqueza para el hombre, y es ella la que produce el orden natural de la vida económica de la humanidad, recordándonos la vieja tesis de los fisiócratas. La sociedad debe basar en ella sus fundamentos organizativos, ya que un arreglo completo de las cuestiones económicas no pueden resolverse más que haciendo que no hayan propietarios agrícolas que todo lo acaparan y campesinos que nada tienen. Las ideas colectivistas primero, y las comunistas después, servirán como catalizadores a lo que aspiraban los anarquistas para solucionar el problema de la tierra.

«Pero ¿qué hacen los anarquistas para contrarrestar la prédica de los materialistas, empeñados en impulsar el desarrollo industrial de las naciones para que se cumplan las predicciones de Marx? [...] se prescinde casi en absoluto del problema agrario, y se olvida a los campesinos como factor determinante del triunfo final. [...] porque hay anarquistas que, pese a su rechazo de la táctica parlamentaria y a su opinión de las tendencias dictatoriales inspiradas en la conquista del poder para el proletariado, abrigan la creencia de que es factible una revolución gestada y realizada en el vientre de las ciudades [...]. El anarquismo tiene su principal base en las comunas, y su campo de experimentación, en la vida campesina.»<sup>21</sup>

¿Es ello una prueba inequívoca de que las ideas anarquistas están estrechamente vinculadas a la cuestión agraria y a la situación de ella derivada? El tema requiere una matización que evite una respuesta precipitada. En primer lugar, habría que hacer ciertas diferencias entre Cataluña y el País Valenciano, no sólo por el grado de industrialización, sino también por el diferente nivel que la agricultura representa en ambos países.

Para el País Valenciano, aun con la carencia casi absoluta de estudios de su economía de finales del siglo XIX, principios del XX, puede decirse que existía, sobre todo en las comarcas de regadío, una auténtica situación de inestabilidad, derivada del problema de los arriendos de la tierra y de los jornaleros<sup>22</sup>. «*El Chornaler*, periódico defensor dels que treballen y no menchen, enemic aserrim dels que menchen y no treballen», señalaba en 1884 que

«la hermosa, la rica, la caritativa Valencia, la madre de los pobres, según la apellidan algunos que no deben conocerla bien. No tendrá nada de caritativa cuando consiente que sus hijos, los honrados trabajadores, a pesar de su continuo y penoso trabajo, vivan en la más espantosa miseria. Multitud de familias obreras han te-

<sup>21</sup> «El problema agrario y nosotros», *El Productor*, Barcelona, 11 de diciembre de 1925.

<sup>22</sup> Véase en este mismo número CUCÓ, ALFONS, «Las agitaciones campesinas valencianas, 1878-79».

nido que emigrar a lejanas tierras, en busca de pan que, a cambio de muchas humillaciones y sufrimientos, les ha negado su madre patria». <sup>23</sup>

La emigración valenciana de finales del siglo XIX y durante toda la primera mitad del siglo XX es un hecho importante sobre el cual comienzan a incidir los demógrafos <sup>24</sup>, y que muestra, sin duda, las escasas posibilidades con que el sistema productivo del País Valenciano asimilaba el aumento de su población.

La situación agrícola catalana es, en cambio, diferente, como lo expresaba en 1908 Eduard Escarra:

«En Cataluña la agricultura, que, por otra parte, se halla en franco progreso, es estos últimos veinte años cada vez mejor utillada, rejuvenecida gracias a la adopción de nuevos métodos de cultivo, y la práctica del cooperativismo sólo tiene una importancia secundaria.» <sup>25</sup>

Sin embargo, hemos de precisar, en palabras de Emili Giralt, que:

«hom [...] no pot dir que la història rural de Catalunya sigui una història sempre plàcida i que respongui a la imatge bucòlica que el pairalisme conservador i l'apologia de les institucions jurídiques mostrades han volgut fer-nos acceptar» <sup>26</sup>.

La industrialización de Cataluña a principios del siglo XX es un hecho irreversible, que, a pesar de todas las dificultades con que tropieza para su expansión —no olvidemos, como dice Fontana, que «una agricultura atrasada no podía servir de base adecuada a un desarrollo industrial» <sup>27</sup>—, produce un proletariado importante que no topaba directamente con las cuestiones agrarias; pero, sin embargo, ¿cómo los testimonios de agrarismo se producen con tanta frecuencia desde publicaciones catalanas y desde los centros industriales? ¿No se revitaliza con ello la tesis de anarquistas «ortodoxos» —obreros foráneos, no catalanes, procedentes de la emigración— y anarcosindicalistas, partidarios de la lucha sindical y menos intransigentes —obreros catalanes—?

Esta teoría, no obstante, resulta en la actualidad difícil de sustentar. Como señala Balcells, los análisis de los líderes de lo que ha sido llamado el Treintismo, raíz de la escisión de la CNT en 1931, y que representaría la facción sindicalista, no da un resultado favorable; lo mismo que dentro de los faístas existen nombres de la pura tradición catalana —Montserrat puede ser un ejem-

<sup>23</sup> «Valencia», *El Chornaler*, Valencia, 12 de abril de 1884, n.º 17.

<sup>24</sup> Véase CASTELLÓ, EMILI, *Evolución de la población del País Valenciano en el siglo XIX*, tesis de licenciatura, Valencia, 1971, y su conferencia pronunciada en el ciclo dedicado al País Valenciano en la Facultad de Filosofía y Letras de Valencia, octubre de 1973-enero de 1974, *Bases de la demografía contemporánea del País Valenciano*.

<sup>25</sup> ESCARRA, EDUARD, *El desarrollo industrial en Cataluña, 1900-1908*, Barcelona, 1970, p. 9.

<sup>26</sup> «Introducción» de Emili Giralt al libro de BALCELLS, ALBERT, *El problema agrari a Catalunya (1890-1936). La qüestió rabassaire*, Barcelona, 1968, p. 7.

<sup>27</sup> FONTANA, J., *Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX*, Barcelona, 1973, p. 192.

plo—<sup>28</sup>; y, por otra parte, habría que hablar de qué tipo de emigración llega a Barcelona o a los centros industriales secundarios. Los censos de 1920 y 1940 muestran que la emigración de andaluces y extremeños a Cataluña es muy escasa durante el primer tercio del siglo xx; resultaría, pues, más apropiado hablar de una emigración valenciana o aragonesa, que también contaba con una tradición anarcosindicalista, que no implica que se dirija a las formas de lucha radicales dentro del más puro comunismo anarquista <sup>29</sup>.

Pero en Cataluña, aparte de la cuestión *rabassaire*, localizada en comarcas muy concretas, no existe un problema agrícola apremiante que justifique el agrarismo, que resuma las publicaciones ácratas, donde la industria adopta un plano secundario respecto a la tierra, en la cual, como dice Balcells:

«els simples jornalers eren aleshores relativament escassos» y «la CNT [...] va desenvolupar-se amb un cert retard en el camp català (entre 1920 i 1923) i cerca i trobà els seus afiliats entre els obrers agrícoles i no entre els rabassaires i parcers, si bé hi va haver algun dirigent rabassaire de tendència anarquista temporalment adherit a la CNT. Aquesta central sindical, i durant la guerra, no arriba a ésser tan poderosa en el món rural català com ho havia estat en el camp andalús» <sup>30</sup>.

Todo ello nos recuerda las viejas tesis georgistas, que afirmaban que «la propiedad privada de la tierra intercepta el camino de la civilización que avanza», porque «la tierra es un elemento natural; el ser humano tiene que llenar su estómago cada pocas horas, la tierra puede estar sin el trabajo, pero el trabajo no puede estar sin la tierra» <sup>31</sup>. La industria es concebida tan sólo como algo subordinado al problema agrario, aunque en algunos casos se niega incluso que la producción de ciertos productos industriales sea un acto ético desde el punto de vista social:

«Estamos persuadidos —decía Antonio Estévez en la *Revista Blanca* en 1927— de que el mejoramiento de las condiciones de vida de nuestra especie descansa más sobre la agricultura que sobre la industria. De la agricultura sale el alimento natural con que se debe instruir nuestro organismo, base de la salud humana y de la energía, mientras que de la industria sale lo superfluo y lo dañino, dedicándose el 75 % de la producción a artefactos de destrucción y de muerte: cañones, torpedos, ametralladoras, fusiles, pistolas... [...]. De la industria es una minoría la que se

<sup>28</sup> BALCELLS, A., *Crisis económica y agitación social en Cataluña*, Barcelona, 1971, pp. 195-96.

<sup>29</sup> El censo de 1920 da una población de 25.271 andaluces en la provincia de Barcelona y 28.839 en toda Cataluña. La mayoría, emigración procedente de Almería, ante la crisis de la minería de esta zona. En este mismo censo la emigración aragonesa en la provincia de Barcelona es de 57.720 inmigrantes, y 80.466 valencianos. En el censo de 1940 la emigración andaluza es ya un poco mayor, pero todavía poco importante; se constatan 83.261 inmigrantes en Barcelona provincia, de los cuales 51.456 son de Almería. Véase para la cuestión VANDELLOS I SOLÉ, J., *La immigració a Catalunya*, Concursos Patxot i Ferrer, Estudis Històrics i Socials, Barcelona, 1935.

<sup>30</sup> BALCELLS, *El problema agrari...*, pp. 54-55.

<sup>31</sup> GEORGE, HENRY, *La cuestión de la tierra*, Madrid, 1921, pp. 89 y 107.

dedica a producir cosas útiles al bienestar humano, pero, como rinde más ganancia que la agricultura, la filantropía burguesa se dedicó preferentemente a explotarla.»<sup>32</sup>

Este testimonio, como los otros ya citados, no salen precisamente de publicaciones campesinas, sino de revistas o semanarios que están elaborados en Barcelona o en pueblos con índice industrial importante; pero los que escriben ¿son antiguos campesinos, pequeños artesanos o, por el contrario, trabajadores fabriles? La respuesta es difícil, porque algunos artículos no llevan firmas, pero los que las llevan no parece indicar que, como Estévez, sean antiguos campesinos o trabajadores artesanos. Sin embargo, algunos artesanos, como Pestaña, que era relojero, si en un principio fue un anarquista *sensu stricto*, pasó pronto a posiciones sindicalistas moderadas, donde no cabían ya posturas tan cerradas con respecto a la sociedad industrial.

Podemos, por lo tanto, aventurarnos a decir, con todas las reservas posibles de las hipótesis, que el anarquismo en Cataluña no es exactamente la expresión ideológica de un campesino sin tierra, o del pequeño propietario, es decir, de un mundo absolutamente agrario. El anarquismo nació en la ciudad, en la civilización urbana, y representa, a nivel proletario, los desequilibrios del crecimiento industrial en relación con la solución del problema de la tierra, a la que consideran el eje fundamental de la economía. Es, en cierta manera, para el proletariado urbano, que no vive precisamente en unas condiciones halagüeñas, una defensa contra la expansión de las ciudades, y una acusación implícita contra las clases políticas españolas, a las que tradicionalmente identifica como los mantenedores de la propiedad privada y los subyugadores de los campesinos; la lucha contra la propiedad de la tierra es también una lucha contra el Estado, lo que, en cierta manera, apuntala la tesis de Termes. La agricultura representa, por otra parte, una seguridad y una libertad de trabajo que no da la industria, a la que no se ve más que como un trabajo duro, monótono y sin creatividad propia:

«Si, a la vez que en las conquistas de los trabajadores industriales, la C. N. T. se hubiera ocupado de la suerte de los campesinos, dándoles la organización que ellos descuidaban y prestándoles la necesaria ayuda para la consecución de sus reivindicaciones, tal vez hoy la suerte de las ciudades sería muy otra, y es seguro que el éxodo de los campesinos a ellas no hubiera tenido las proporciones adquiridas, con grave daño a los intereses del proletariado en general. [...] Constatamos que la revolución social ha de tener su mejor apoyo en los trabajadores de la tierra, y esos dos enunciados nos dicen ya lo suficiente para advertirnos de la misión olvidada: la conquista del campo.»<sup>33</sup>

<sup>32</sup> ESTÉVEZ, ANTONIO, «La máquina y el asalariado», *La Revista Blanca*, 1 de noviembre de 1927, II época, n.º 107.

<sup>33</sup> «La ciudad y el campo» (editorial), *Acción Social Obrera*, San Feliu de Guixols, 2 de noviembre de 1929.

Entre otros testimonios de la prensa anarquista catalana de esta época en pro del agrarismo tenemos: CARO CRESPO, «El campesino y la revolución», *El Productor*, Barcelona, 12-3-1926; MASFERRER, ARTURO, «Campesinos», *Revista Nueva*, 15 de septiembre de 1924,

La estructura económica del País Valenciano era fundamentalmente agraria, pero no hay que olvidar que, como insiste García Bonafé, «no todo el País Valenciano era rural; una serie de islotes industriales, que despegaron en el siglo XVIII, continuaron creciendo de una manera desigual y breve, pero continua»<sup>34</sup>; y son también los grupos ácratas de estos núcleos —Valencia y Alcoy fundamentalmente— los que testimonian un agrarismo que, como veremos, se hace más intenso y claro en los primeros años de la II República. El campo valenciano atravesó una coyuntura difícil —con las reservas propias que hay que tener ante la falta de estudios— ante la contracción del mercado internacional de los frutos de exportación en las zonas de regadío, sobre todo a partir de la crisis de 1929, o de una fuerte emigración en el secano ante el crecimiento vegetativo de una población que mantenía los mismos ritmos de producción. Pero las reivindicaciones de los congresos campesinos valencianos no pasaron nunca de las moderadas aspiraciones sindicalista-agrarias a la hora de solucionar los problemas concretos: reducción de jornada de trabajo, aumento de salario o supresión de intermediarios. También aquí las manifestaciones agraristas vienen de la ciudad, y posiblemente de trabajadores no específicamente campesinos. ¿Serán estas manifestaciones la expresión proletaria de la mediocridad, de la falta del *take-off* de la industria valenciana, que mantiene unos límites de explotación duros en unos momentos en que la conciencia de clase, más o menos difusa, adquiere expresión política? ¿O habría que incidir en el hecho de que estos testimonios están precisamente reflejando la situación de una industria de consumo, y no de las llamadas industrias básicas —es el caso del País Vasco— que necesitan de una solución del problema campesino para su expansión? Probablemente las investigaciones futuras podrán dar una respuesta a estas hipótesis-interrogantes.

Estas actitudes pro agricultura se combinan con una actitud de desconfianza ante la mecanización industrial, que refuerza todavía más su antiindustrialismo.

En efecto, en toda la literatura anarquista hay una continua crítica a las condiciones de la mecanización del trabajo, crítica que en España adquiere, en algunos casos, una negación de los inventos mecánicos, como prototipo de la denigración de la libertad y dignidad del hombre. Conviene, no obstante, matizar que no se trata de una simple reacción luddita; el problema es más

n.º 25 —concretamente en este artículo se afirma «tendremos que volver [...] a la Edad Media. Cada pueblo una comuna. La tierra de cada pueblo, propiedad de la comuna, es decir, de todos y de ninguno»—; FONTAURA, EVELIO G., «Tribuna del campesino», 12 de octubre de 1929, *Acción Social Obrera*, San Feliu de Guixols; «La ciudad y el campo» (editorial), *Acción Social Obrera*, 2 de noviembre de 1929.

En Valencia las manifestaciones pro agraristas las hallamos, sobre todo, en *Solidaridad Obrera*, a partir de 1931, aunque hoy por hoy nos resulta imposible una reconstrucción de la prensa. Los artículos que sobre el tema publicaría *El Chornaler* (15 de septiembre de 1884) nos hacen suponer que dichas manifestaciones tenían también consistencia.

<sup>34</sup> GARCÍA BONAFÉ, MARIO, «El marco histórico de la industrialización valenciana», revista *Información Comercial Española*, n.º 485, enero de 1974, p. 135.

complejo: la máquina tiene, en cierta manera, un sentido de catarsis de las duras condiciones de trabajo, y se ve en ella el futuro de una humanidad que apenas tendrá que realizar esfuerzos físicos para la producción de lo necesario para la vida. Existe toda una literatura de ciencia-ficción, utilizando una terminología moderna, a lo Julio Verne, de las posibilidades de un mundo donde el hombre, gracias a la técnica, podrá vivir sin trabajar apenas.

«Kropotkin —como afirma James Joll— tenían gran fe en las posibilidades de las máquinas, no ya en lo referente al incremento de la producción, sino también respecto a la ejecución de los trabajos que, incluso en una sociedad ideal, nadie llevaría a cabo de buena gana.»<sup>35</sup>

Pero todo ello sólo se ve dentro de la futura sociedad anarquista, donde el hombre no estará atado a las tareas que rigen en la sociedad capitalista, las cuales imponen unas reglas de ganancia y espíritu competitivo que están en contradicción con la verdadera «naturaleza» humana.

«[...] la máquina ha de ser en una tierra sin Estados y humanizada, el brazo mecánico [...] aliviándolo en todas labores, ejecutándolas con más precisión y rapidez [...]. Entonces y sólo entonces la máquina dejará de ser el verdugo del hombre, de la mujer y del niño, pasando a ser su hermano, querido en lo que cabe.»<sup>36</sup>

Y en este sentido, las máquinas actuales, que aún no han adquirido todo su pleno desarrollo, no pueden adquirirlo en esta sociedad; no sirven más que para dominar al que nada posee y convertirlo en una simple pieza de aquéllas. El hombre debe trabajar libre, poniendo toda su inteligencia en lo que está elaborando, sin formar parte de cadenas de trabajo donde:

«el obrero no puede ya detener su esfuerzo ni un solo instante, porque está preso en el engranaje de la máquina [...]. La cadena que deja el objeto a manipular delante del obrero el tiempo justo y necesario para que éste pueda realizar su labor, dando todo lo que pueda de sí, mecaniza el trabajo a estajo. No procura ninguna economía de trabajo; lejos de disminuir el trabajo a realizar para la fabricación de un objeto, por el contrario, lo aumenta con el trabajo que necesita su propio desplazamiento; es verdad que suprime el trabajo que representa el desplazamiento de un obrero al ir de un objeto a otro, pero este desplazamiento, lejos de ser un trabajo, representa en realidad un descanso para su organismo»<sup>37</sup>.

Por todo ello, hay una valoración del trabajo artesanal, donde la actividad humana adquiere una importancia primordial: son las herramientas las que deben estar al servicio del hombre, y aunque en la futura sociedad las máquinas ahorren muchos esfuerzos, no se debe abandonar el trabajo manual, que tiene una misión, según Kropotkin (véase *La conquista del Pan*), psicológica para el equilibrio humano; pero, sobre todo, esas impresionantes máquinas «hacelo-todo» se ven como algo separado de la estructura de la organización social,

<sup>35</sup> JOLL, JAMES, *Los anarquistas*, Barcelona, 1968, p. 147.

<sup>36</sup> ESTÉVEZ, ANTONIO, *op. cit.*

<sup>37</sup> «¡Abajo la Racionalidad!», *Acción Social Obrera*, San Feliu de Guixols, 19 de enero de 1929.



que debe procurar la mayor felicidad humana, y en la cual el hombre no debe nunca estar sujeto a un trabajo rutinario :

«Que no se pase el hombre haciendo puntas de alfileres o vigilando el movimiento de una máquina toda su vida. Que no se haga siempre una misma cosa y de la misma manera. Que haga todo aquello que necesite [...]. Que trabaje de todas las maneras y conforme a sus deseos, que busque en el trabajo una distracción y un recreo...»<sup>38</sup>

En otros muchos casos este rechazo se convertiría en una negación de todo sistema de racionalización de trabajo, y por ende, de la mecanización del mismo, que si en teoría se ve la posibilidad de la solución del trabajo a través de la invención de potentes máquinas, éstas no pueden ser creadas más que en una sociedad anarquista, y así se lucha contra la mecanización de la sociedad en la que se está viviendo, porque no está creada para una sociedad auténtica y tan sólo es colaboradora de la explotación del obrero, por lo que, y dentro de la dinámica de este razonamiento, puede admitirse que cualquier tipo de mecanización es más perjudicial que la situación anterior. El relato aparecido en el diario *Solidaridad Obrera* de Valencia, en 1922, con el título «Las máquinas», es, sin duda, revelador de todo lo que venimos diciendo:

«Los pequeños molinos, con sus ingravidas aspas, matizaban la aridez de las cúspides montañosas.

Los molinos, aprovechando las corrientes aéreas, movían las aspas imperezosas, ligeras.

De muchas leguas enderredor acudían los esclavos de tierra conduciendo el grano para ser molido.

Muchas familias vivían gozosas y ahítas del rodar de las aspas de los molinos. [...] El hombre civilizado, que todo iba acaparando en el pueblo, empezó a hacer edificar una fábrica... que mataría los molinos.

La ingenuidad aldeana no creía que sin aspas molieran el trigo.

La fábrica seguía alzándose despreciativa ante la pequeñez de los molinos.

La fábrica sorbía las máquinas raras que al pueblo llegaban, y la lucha entre lo moderno y lo arcaico empezó en el vetusto pueblo. Trabajaban el grano las máquinas insaciables... La harina salía nítida, alba, y las aspas nostálgicas de los molinos empezaban a chirriar hornisonas por la timidez de su inmovimiento, no tardando en caer, yertas, frías, muertas. Y como las aspas iban quedando multitud de familias.

El pueblo mísero, lo fue más con las máquinas, que sólo producían para un hombre.

Un día [...] el pueblo asaltó la fábrica y destrozó las máquinas [...]»<sup>39</sup>.

No obstante, no hay que descartar posturas mucho más radicales en la negación del maquinismo en publicaciones ácratas de los primeros años del siglo XX, y en las que las máquinas apenas tienen ya el poder de liberación que podían poseer de ser producidas en un mundo ordenado según las concepciones anárquicas.

<sup>38</sup> «La división del trabajo», *Realidad*, Valencia, 16 de julio de 1922.

<sup>39</sup> «Las Máquinas», *Solidaridad Obrera de Valencia*, 2 de julio de 1922.

«Artísticamente considerada —decía "Dyonisios" en 1917—, la máquina es un objeto antiestético, dedicado a crear objetos sin arte, sin belleza, sin gusto [...]. Id a la aldea más apartada. Observad cualquier trabajo hecho a mano, en madera, en hierro, en metal, en bronce. Venid luego a Barcelona, o a cualquier ciudad industrial, y fijaos en un trabajo de la misma especie, hecho por la máquina. Si sois artistas notaréis una gran diferencia. El trabajo hecho a mano es mejor, más consistente, más artístico, más bello. El de la máquina [...] es un trabajo falsificado, de relumbrón; es algo que, siendo al parecer mejor, es más falso, inconsciente, que se romperá al menor esfuerzo.»

Existe incluso una lamentación de la existencia de las máquinas en nombre de la «belleza»:

«Yo siento un dolor infinito cuando entro en un edificio poblado de máquinas, donde los obreros, sin ninguna inspiración, le hacen al obrero de hierro producir cosas feas, débiles, cuando no despreciables, ligeramente, a toda prisa, sin cuidarse de la perfección, de la belleza.»

El autor propone que el obrero trabaje sin la dominación de las máquinas, en virtud de que ellas coartan la libre expresión del trabajo del obrero; porque «matan la iniciativa, las buenas intenciones»<sup>40</sup>.

### III

La proclamación de la II República, y con ella la libertad de prensa y asociación, traerá al movimiento libertario la preocupación de las realidades económicas de la organización de la sociedad, a medida que se vislumbra la posibilidad del triunfo de la clase obrera. El «despiste» de los militantes es notorio, no saben a qué atenerse y no tienen bases teóricas concretas para responder a los interrogantes que plantea una ordenación económica moderna. Preguntas como «¿en caso de instaurarse el comunismo libertario en España, contiene ésta materia prima para aguantar un bloqueo?»; «una vez implantado el comunismo libertario en España, ¿cómo se haría el intercambio de productos con las demás naciones?»; «precisaría reintegrar a las empresas extranjeras su capital, en el caso de una revolución proletaria, amortizando, y devolverlo para evitar una evasión y que nos calificara a los anarquistas de usurpadores como los capitalistas son»<sup>41</sup>, aparecidas en *La Revista Blanca* son frecuentes en plena República y reflejan este vacío teórico que venimos señalando.

Las respuestas, con soluciones más o menos concretas, más o menos abstractas, comienzan a divulgarse en las publicaciones ácratas, y con ellas se acentúan las diferencias entre las diversas tendencias hasta hacerse incluso

<sup>40</sup> [GARCÍA BIRLÁN] «DYONISIOS», «Influencias nocivas de las máquinas», *Tierra y Libertad*. Barcelona, 25 de abril de 1917, n.º 349.

<sup>41</sup> PANIAGUA, XAVIER, *Los anarquistas en la II República. Análisis del Consultorio general de «La Revista Blanca»*, tesis de licenciatura, Valencia, 1970.

incompatibles. Sin embargo, para esta época, y para el tema al que estamos refiriéndonos, contamos con dos trabajos: el de Antonio Elorza, *La utopía anarquista bajo la II República* (Madrid, 1971 y 1973), y el de Bricall, *Ideologies i programes econòmics a Catalunya durant la Guerra Civil (1936-1939)* (Barcelona, 1970), que pueden servirnos para una aclaración de muchos puntos, aunque constituyen estudios parciales: el primero es una buena aportación de las actitudes ideológicas en la II República, pero algo precipitado en sus conclusiones, y el segundo, limitado a la guerra civil, nos presenta un magnífico y rápido esquema de la forma de razonar económica de los anarquistas.

El agrarismo que hemos venido marcando en la anterior etapa continuaría durante los años de la República con el mismo tono y, si cabe, más intenso:

«El medio ambiente de la ciudad —se decía en *Solidaridad Obrera* de Valencia en 1932—, viciado con la innumerable variedad de aberraciones que fomenta el artificialismo, en complicidad con la densidad de su población, se prestó a crear ese estado hipertrófico de desconfianza en el individuo y lo predispone para que tomen arraigo en él las predicciones empleomáticas de nuestros detractores los políticos sindicalistas [...]. El campesino de vida más sencilla, apartado del morbo corrompido y castrador que exhala la ciudad, perfila sagaz, con visión agilina, la superioridad de nuestras ideas.»<sup>42</sup>

La expresión teórica de este agrarismo en una ordenación social la tenemos en Federico Urales, que con su folleto *Los municipios libres* nos presenta cómo debe ser la sociedad anarquista basada en las comunas agrícolas, y cómo se ha de llegar a ella sin programas fijos previos:

«Bastará con que los obreros no quieran morir de hambre, para que la revolución se produzca. Bastará con que los trabajadores se nieguen a pagar las cuentas de los gastos hechos por el capitalismo, para que la revolución se produzca sin o con capacidad o con sólo la capacidad que supone negarse a ser instrumento de las clases directoras»<sup>43</sup>, y además de esto «todos los hombres útiles de cada región habrán de dirigirse a la capital de la provincia por diferentes caminos, desarmando a la gente armada que se encontrara de paso que no fuera adicta, y armando con las mismas armas a la que lo fuese. En la capital se destituirá a todas las personas, sin distinción, que vivieran del Presupuesto y se las enviará al pueblo donde hubieran nacido para hacer en él la vida de los demás»<sup>44</sup>.

Pero no todos ven las cosas con el mismo prisma optimista, ni tampoco con la misma base agraria como lo hace Urales; para muchos, la sociedad anarquista futura tiene que contar con las complicaciones de la vida moderna y por ende aceptar los factores industriales. En este sentido, los anarcosindicalistas, que durante el período anterior habían tenido ya su polémica con respecto a los aspectos tácticos y teóricos de la CNT con los grupos anarquistas que estaban adscritos a los presupuestos faístas, tratarán de dar una alternativa distinta a

<sup>42</sup> LOZANO, CRISTÓBAL, «El anarquismo, y con él la CNT, tiene en los campesinos sus mejores intérpretes y sus más decididos y valientes defensores», *Solidaridad Obrera*, Valencia, 26 de noviembre de 1932, año II, n.º 85.

<sup>43</sup> URALES, FEDERICO, *Los municipios libres*, p. 20, Barcelona, 1933.

<sup>44</sup> URALES, FEDERICO, *ibidem*.

las visiones simplistas de la organización social. En este sentido, hay que entender el anarcosindicalismo como la práctica y la adaptación del anarquismo a la sociedad industrial a través del sindicato, que había de ser el que protagonizara la futura sociedad federal y sin Estado, el que se hiciera cargo de la producción y de la administración de los productos tanto manufacturados como agrícolas. Sus teóricos, fundamentalmente franceses, desarrollaron, siguiendo las ideas bakuninistas de la I Internacional, una ideología de lucha sindical contra las prácticas reformistas más que una concepción de lo que había de ser la sociedad sindicalista.

La influencia en Cataluña y País Valenciano de las ideas sindicalistas, sobre todo a partir de las traducciones que Anselmo Lorenzo y Prat realizaron de los pensadores franceses, calaron en el proletariado, que contaba, por otra parte, con una tradición asociacionista, y en los líderes anarquistas, que habían abandonado ya la práctica del terrorismo como arma de imponer la revolución social. El sindicato será el nuevo órgano desde el cual los obreros practiquen su lucha contra la empresa, pero los líderes sindicalistas no serán distintos de los anarquistas, ya que éstos no se dedicarían sólo, como en Francia, a los grupos de afinidad; formarían parte muy activa de los órganos sindicales y buscarían para ellos la definición de comunismo libertario. Aunque bien es verdad que la práctica sindicalista de algunos anarquistas chocaría con otros teóricos y líderes que la consideraban una desviación peligrosa, ya que el sindicato podía constituir un nuevo estado y adulterar completamente la sociedad anarquista: se necesitaba siempre, según ellos, una minoría dirigente que marque el camino hacia la construcción del anarquismo.

En Cataluña y País Valenciano las polémicas entre anarcosindicalistas y anarquistas partidarios de la acción espontánea de las masas traerán consecuencias diversas, como los levantamientos populares en distintas localidades donde era proclamado el comunismo libertario. Para algunos, las masas no se convertían en anarquistas por las reivindicaciones salariales o de jornada de trabajo, como pretendían los sindicalistas, sino por la difusión de las enseñanzas doctrinales libertarias; esto desembocó en planteamientos de lucha dispares, y aunque los sindicalistas no tuvieron al principio ninguna concepción fundamentalmente distinta a la de los otros anarquistas, los mal llamados puros, pues tan sólo hablaban de que la producción había de estar organizada por los sindicatos, y que ellos serían el cauce para la realización del comunismo libertario, son los primeros en vislumbrar que una sociedad socialista, aunque sea libertaria, no puede dejarse a la improvisación y necesita un plan de organización.

Las ideas del anarcosindicalista francés Pierre Besnard, divulgadas a través de la revista *Orto* (1932-1934) de Valencia, sobre la organización social a base de los sindicatos, y las teorías de Cornelissen pondrían los pilares de la concepción sindicalista. Ahora bien, si el anarcosindicalista se mantiene dentro de unos cauces más o menos anarquistas e incluso tiene a gala luchar por las ideas comunista-libertarias, existe un sindicalismo —sin el anarco— que

pretende ser la superación del marxismo y del anarquismo, y para ello coge elementos de ambos porque considera que las dos concepciones sociales son operativas para que el proletariado las compagine en una síntesis nueva: el sindicalismo. Esta tendencia tuvo su máximo representante en Marín Civera y en la revista *Orto*, cuyo crítico económico era Lucien Lauriat, un marxista francés, y en la cual colaboró André Nin. Su influencia se dejó sentir sobre Pestaña y su partido sindicalista, y algunos antiguos anarquistas ortodoxos, como Higinio Noja <sup>45</sup>, vieron en el sindicalismo la forma de solucionar los interrogantes que planteaba la ordenación económica de la sociedad. El anarquismo se convierte en un ideal lejano, al que hay que aspirar en un mañana todavía remoto, pero mientras tanto el sindicalismo daría cauce al comunismo libertario.

El anarcosindicalismo considera que la producción industrial es necesaria en su estructura urbana, aunque da primerísima importancia también a la cuestión agraria como esqueleto de cualquier sociedad, porque sin su solución no puede funcionar correctamente; la industria —y su desarrollo— depende de que se haya hecho lo que en términos políticos ha sido denominado la Reforma Agraria. Por ello piden que se lleven a cabo estudios económicos que clarifiquen las realidades en las que se está viviendo, a fin de saber cuáles son los planes inmediatos. En realidad no hay apenas análisis económico, tan sólo un esquema de la sociedad a grandes rasgos, y así Pierre Besnard se limita a descubrir los posibles funcionamientos de la sociedad anarcosindicalista, sin precisar claramente los elementos fundamentales de los mecanismos económicos que resultarán de la producción por los sindicatos agrícolas o industriales. Besnard habla en su libro *Los sindicatos obreros y la revolución social* (1931) de la instauración de bonos de trabajo como medida de sustitución del dinero, y para él estos bonos deben tener una equivalencia determinada e invariable del valor del producto, y en este sentido su pensamiento está más enlazado con Proudhon, que propiamente con su concepción de la estructura administrativa de la sociedad, como destaca Elorza, ya que en este aspecto cae en la órbita de los conceptos generales del anarquismo: la negación del Estado y la

<sup>45</sup> Véase PANIAGUA, XAVIER, «Introducció a l'obra de Higinio Noja Ruiz», en *Arguments*, Valencia, 1974.

En este mismo sentido cabe señalar a Marín Civera Martínez, teórico sindicalista preocupado por las cuestiones económicas: *La Formación de la Economía Política*, Valencia, 1930, cuyo rasgo más destacado consiste en que puede considerarse como el único estudio de divulgación de la historia de las doctrinas económicas hecho desde y para el movimiento obrero español, y donde afirmará que la salvación de la humanidad radica en la economía política.

En su obra más importante, *El Sindicalismo*, Valencia, 1931, en la que se percibe la influencia de Besnard, defiende al sindicato como órgano rector de la futura economía socialista, y concibe dicho movimiento como un punto intermedio entre el anarquismo —negación de la actividad política parlamentaria— y el marxismo —economía planificada y análisis histórico de luchas de clases.

afirmación de los principios federalistas. Pero realmente apenas se detiene en los problemas del significado del valor de los productos del trabajo.

Cornelissen, en cambio, sí lo hace, y con ello se aparta bastante del anarquismo clásico —como se lo achacarían muchos militantes—. Para Cornelissen se hace necesario precisar el régimen de transición antes de llegar a una sociedad libertaria, cayendo dentro de las teorías colectivistas partidarias de la descentralización más que de un estricto anarquismo, pero un colectivismo donde la moneda sigue perdurando y el valor de los productos no está sólo constituido por el trabajo en él realizado. Acepta la producción industrial con todas sus consecuencias y concluye que una postura contraria a ella es permanecer retrasado con la evolución de los tiempos:

«En lugar de combatir las grandes industrias modernas, los anarquistas-comunistas y los sindicalistas revolucionarios deberán, por el contrario, estudiar la alta dirección de esas industrias y adaptarlas al consumo social.»<sup>48</sup>

Existen, sin embargo, algunos teóricos para los que la opción anarcosindicalista total no parece la más acertada para acceder a una sociedad de comunismo libertario. Desechando también el agrarismo y el desprecio por la sociedad industrial, aceptan que el sindicato es un órgano esencial en la futura reglamentación social, pero no el único. El «sindicalismo» tiene el peligro de convertirse en un aparato que adultere las ideas libertarias que tanto insisten en la igualdad y libertad del hombre. Gastón Leval y Diego Abad de Santillán, partiendo de un anarquismo estricto, comenzaron así a percatarse que las cuestiones económicas eran esenciales para que el anarquismo elaborara todo un plan a seguir antes y después de la revolución, aunque sus conclusiones presentarán matices diferenciales importantes. Leval, anarquista francés que vivió en Barcelona, Valencia y en Argentina, publicó el primer trabajo hecho desde el anarquismo, sobre la capacidad productiva española y sus posibilidades de adaptación a unas condiciones revolucionarias: *Los problemas económicos de la revolución social española* (Valencia, 1932), seguida después de *Estructura y funcionamiento de la sociedad comunista libertaria* (1936), y *Precisiones sobre el anarquismo* (Barcelona, 1937). Intenta estructurar una organización donde ciudad y campo se complementen, porque considera que es necesario que haya un buen entendimiento entre campesinos y obreros para que se solucionen los problemas de la producción. Deberá, pues, jugar con el sindicato en la producción industrial, pero no podrá aplicarse éste en la agricultura, y por ello no hay que implicar, como hace Elorza, que Leval se encuentre en un puesto intermedio, entre los «municipalistas», que parten tan sólo de las comunas autónomas y fundamentalmente agrarias, y los «sindicalistas», que cuentan únicamente con la estructura industrial; parecería así que Leval trate de, mediante un eclecticismo, aunarlas para que se complementen; pero un estudio exhaustivo de su obra nos muestra que su pensamiento no está dentro de una

<sup>48</sup> CORNELISSEN, CHRISTIAN, *El comunismo libertario y el régimen de transición*, Biblioteca Orto, Valencia, 1936.

órbita «pastelera», sino que para él el municipio, tal como se ha considerado, autónomo y autosuficiente, es algo inconcebible en la sociedad moderna, y su defensa está basada en las divulgaciones optimistas de Kropotkin, que muchas veces están más cerca de la fantasía que de la realidad social y económica:

«Acumulando en "Campos, Fábricas y Talleres" —se refiere a Kropotkin— cifras de indudable autenticidad, los capítulos dedicados al análisis de la evolución económica sufrida por la sociedad pretenden demostrar que caminamos hacia una descentralización de la producción, de modo que cada nación, cada región, habrá de llegar a bastarse a sí misma [...]. El movimiento del que habla Kropotkin se produjo efectivamente antes de la guerra. Pero esto era sólo un aspecto de la evolución económica. Paralelamente se desarrollaban o se iniciaban otras centralizaciones económicas, que culminaban en los *trusts*, los *kartells* y los monopolios internacionales [...]. Por otra parte, lo que Kropotkin llamó centralización económica, es un hecho natural, lógico y útil. La naturaleza no ha distribuido por igual los productos necesarios a la vida [...]. Es un error instalar industrias donde no hay carbón ni fuerza motriz o donde escasea la materia prima, produciéndose así a precios infinitamente superiores artículos muy inferiores.»<sup>47</sup>

Así, a una estructura agraria no puede aplicársele el sindicato, que ha nacido en unas condiciones industriales, y no es apropiado para el campesino, que debería incidir en el cooperativismo para solucionar los problemas de distribución entre los distintos órganos de producción. Tanto las zonas industriales como las agrícolas deben estar reglamentadas, partiendo siempre de una estructura federal, para conocer cuáles son las necesidades; por ello, cuando Leval habla de la comuna, no está implicando lo mismo que, por ejemplo, Federico Urals:

«Como la producción industrial, la producción agrícola no puede entregarse al acaso de los sobrantes o de los déficits desordenados. Se necesita también una determinada cantidad de cereales, de hortalizas, de frutas y de carne; un mínimo dado de cada una de estas categorías para las necesidades de la población. En consecuencia, su producción deberá también organizarse metódicamente, a fin de proveer el consumo. La norma no será tampoco la voluntad aislada de los elementos de la base, sino la necesidad del conjunto a la que estos elementos deberá esforzarse por responder.»<sup>48</sup>

El «justo medio» del que habla Elorza sería más apropiado aplicárselo a un escritor como Isaac Puente, que, como otros muchos, se ve acuciado por las preguntas de qué hacer y cómo hacerlo, y pretende de una forma «sencilla» responder con la mayor claridad a ellas. La obra principal de Puente es *El comunismo libertario. Sus posibilidades de realización en España* (Valencia, s. a.) y en la que afirma en el prólogo que «La literatura sobre este tema aumenta de día en día y puede considerarse como el mayor aporte y el de más mérito el realizado por Gastón Leval con su libro *Problemas económicos de la revolución social en España*»<sup>49</sup>. Piensa que el sindicato, con las Federaciones

<sup>47</sup> LEVAL, GASTÓN, *Precisiones...*, pp. 209-211.

<sup>48</sup> LEVAL, GASTÓN, *ibidem*, p. 330.

<sup>49</sup> PUENTE, ISAAC, *El comunismo libertario...*, p. 3.

de Industria, es el órgano que habrá de servir para la estructura de la ciudad, pero en el campo hay que establecer el municipio libre, donde mediante la reunión en asamblea de todos los vecinos de un pueblo se tomarán los acuerdos oportunos. El anarquismo de Puente se encuentra de esta manera en la evolución que está sufriendo el pensamiento ácrata al tener que meditar sobre los problemas concretos de la estructura económica que cabe darle a la futura sociedad; no obstante, permanece aún dentro de un simplismo teórico, que considera que la experiencia está por encima del pensamiento.

Diego Abad de Santillán es también otro de los teóricos que hace una absoluta reconversión del anarquismo y lo orienta hacia una adaptación de la sociedad industrial, de la cual, estima, se han de aprovechar las conquistas técnicas, a fin de realizar la administración de la producción y la libertad del hombre en una sociedad sin Estado. Para Santillán, el capitalismo es algo que no da ya nada más de sí, se ha agotado y necesariamente debe ser sustituido; su análisis de la nueva estructura orgánica está precisamente condicionado a partir de su estudio de *La bancarrota del capitalismo* (Valencia, s. a.), que por su estructura económica se ve obligado a dejar parado a miles de obreros, los cuales ya no son esenciales en el proceso de producción, y con ello Santillán aduce que Marx se equivocó en su apreciación del valor-trabajo:

«El capitalismo comprendió las ventajas que podría reportarle el progreso técnico para disminuir el costo de la producción. Marx aseguraba que no hay más fuente de plusvalía, es decir, de ganancia capitalista, que el trabajo de los obreros. La realidad demostró, en cambio, que las máquinas significan una fuente superior de plusvalía, y los capitalistas prácticamente lo hicieron ver, excluyendo, siempre que les fue posible, la mano de obra y sustituyéndola por aparatos mecánicos. Realmente el obrero, como productor, no juega sino un papel muy restringido ya en la economía productiva.»<sup>50</sup>

Santillán, que dedica más espacio en sus publicaciones a comprender las situaciones coyunturales en las que se está viviendo que a cómo ha de ser la futura organización social, al contrario que Leval, hace «ley» del análisis de esa realidad concreta, deduciendo de ella reglas universales; de esta manera la situación de los años treinta que nos describe es síntoma evidente de que el capitalismo ha llegado a su fin, y que no podrá conseguir un ritmo de producción que beneficie a todos.

La evolución de la industrialización es algo de lo cual no podemos retroceder, y a la que hay que proteger, pero desde una estructura donde el Estado no exista, porque puede convertirse en un aparato que, aun proclamándose defensor del proletariado, esté manteniendo una clase privilegiada y parasitaria. La sociedad socialista que Santillán busca se coordinará en una completa democracia, integrada por los Consejos locales y regionales de Economía, que se ligarán al Consejo Federal de Economía, aunque en esta sociedad, como diría en *Las Cargas Tributarias* (Barcelona, 1934),

<sup>50</sup> ABAD DE SANTILLÁN, D., *La bancarrota del capitalismo*, Barcelona, 1937, p. 23.



«se seguirá también un sistema de finanzas. una tributación, una carga tributaria. Pero hay una diferencia fundamental entre las finanzas de una economía capitalista o estatal y las finanzas de una economía socializada y en donde la dirección económica está en manos de las sociedades obreras y campesinas mismas»<sup>51</sup>.

Hay en este aspecto una diferencia esencial con Leval, en cuanto que para éste el signo monetario debe desaparecer, porque el valor de las cosas no debe estar marcado más que por las necesidades y la producción. No hay diferencia entre producir una cosa u otra; las dos son trabajo y las dos tienen el mismo valor social, y, por lo tanto, todos los hombres tienen el mismo derecho a consumir todo lo necesario; y lo necesario para Leval es lo que está de acuerdo con la revolución: «No desconocemos el fenómeno del aumento de las necesidades [...]. Pero no nos asusta. Porque el espíritu de un pueblo que se lanza a la revolución, no es el de un obrero en trance de burgués.»<sup>52</sup> Ello representa un igualitarismo que no implica que todos cojan lo que apetecen, ya que no todos los productos se pueden producir con la misma facilidad, y por eso habrá que repartirlo proporcionalmente. Santillán acepta el salario y la moneda como valor de cambio, aunque no especifica de qué forma y con qué respaldo estará apoyada.

Para él los estudios de la producción económica son fundamentales, y a ellos debe dedicar la CNT gran parte de su actividad para definir cuál ha de ser la orientación económica que han de seguir los anarquistas, y en este sentido publicará *El organismo económico de la revolución. Cómo vivimos y cómo podríamos vivir* (Barcelona, 1936) —resumen de sus artículos publicados en la revista catalana *Tiempos nuevos*—, donde defiende sus ideas de socialización a través de los Consejos de Economía y admite la colaboración con las otras organizaciones obreras, a las cuales respeta su concepción y sus organismos, siempre que acepten como base la distribución equitativa de los productos:

«Incluso preveemos que los amigos del modelo ruso podrán tener para su uso particular, fuera del régimen económico que ha de ser fruto de una gran concordancia, sus comisarios del pueblo; preveemos que los socialistas políticos podrán tener su Parlamento, seguir pronunciando sus discursos.»<sup>53</sup>

Ello representa una readaptación de las tesis de Malatesta, que entendía también que cada tendencia, no sólo anarquista, podía experimentar libremente sus ideas, aunque Santillán comprende que los asuntos económicos no pueden darse a una tal experimentación, y por ello la relega tan sólo a las prácticas de organización social y política.

En realidad cabría conectar las aportaciones de Diego Abad de Santillán —seudónimo de Sinesio García Fernández— con el análisis de Cornelissen, aunque acoplado a la realidad ibérica. Ambos se distanciaron considerable-

<sup>51</sup> ABAD DE SANTILLÁN, D., *Las cargas tributarias*, Barcelona, 1934, p. 173.

<sup>52</sup> LEVAL, GASTÓN, *Precisiones...*, p. 300.

<sup>53</sup> ABAD DE SANTILLÁN, D., *El organismo económico...*, p. 33.

mente del anarquismo tradicional, buscando formas de entendimiento superadoras de esa casi absoluta libertad que proclamaban los teóricos anarquistas. Al enfrentarse con los problemas económicos perciben que el optimismo, tan frecuente en los medios ácratas, no tiene viabilidad, y que la necesidad de una coordinación y una planificación son esenciales, pero procurando no caer en la dictadura proletaria, lo que les hace afanarse por conseguir una ordenación descentralizada al máximo, algo que, siguiendo su propia tradición, represente un equilibrio entre el individuo y la colectividad, entre las ideas del liberalismo político y las del socialismo. Lo curioso es que, como no poseen unos esquemas propios de análisis económico, intentarán adaptar al anarquismo principios tomados de otras escuelas y autores que, sin ser específicamente anarquistas, recogen sus ideas para acoplarlas al anarquismo. Cornelissen, por ejemplo, al analizar la teoría del valor, entronca con el inglés Stanley Jevons y la escuela austríaca, que elaboran una teoría del valor escalonado: valor de uso personal, valor de uso social, valor de uso social global, valor de uso social fraccionario, valor de producción subjetivo, etc. En realidad, para Cornelissen y Abad de Santillán la planificación de la producción a través de los sindicatos y los Consejos de Economía es la solución al reto del mundo económico contemporáneo, y ello implicaba una autoridad que planificara, que ordenara: la guerra civil enseñaría que el aparato estatal y lo que él representa no puede eludirse fácilmente cuando los anarquistas se vieron obligados a colaborar con él. Tan sólo Leval, y los que como él pensaban, pretendieron conservar la pureza del anarquismo sin gobierno, sin autoridad política, sin valor monetario de cambio, pero aceptando la industrialización y los mecanismos de la sociedad moderna. Era un equilibrio difícil, y a la larga imposible, como ha demostrado la posterior evolución del pensamiento de Leval, que por aquellos años de la II República planteaba la necesidad de la «ciudad industrial», pero consideraba que en ella había demasiados «parásitos» que nada producían, lo que representaba una consideración negativa del sector terciario: las funciones burocráticas eran mal vistas por ser analizadas como antieconómicas. Se debería llevar a cabo una reconversión profesional, que provisionalmente implicaba un retorno al campo:

«Importa, ante todo, que se tenga una noción clara de esos problemas, que se comprenda lo inevitable de las corrientes migratorias para evitar el estancamiento de tanta gente y se piense en la reeducación profesional imprescindible, especialmente en las profesiones libres y burocráticas [...]. ¿Hasta qué punto consentirán las masas obreras en dedicarse a otra ocupación, a emigrar a otras regiones, a dejar la urbe por el campo? He aquí una pregunta a la cual es difícil de contestar [...].»<sup>64</sup>

El problema del abastecimiento inmediato de las ciudades después de la revolución se podrá solucionar, según Leval, instalando colonias agrícolas alrededor de ellas:

<sup>64</sup> LEVAL, GASTÓN, *Problemas económicos de la revolución social española*, p. 172.

«el ejemplo del trabajo en común que los obreros de la ciudad podrán dar a los del campo o a los pequeños propietarios rurales, gracias a su mayor conciencia solidaria, tendrá una repercusión excelente»<sup>55</sup>.

Y para ello es preciso que se haga una transformación de los cultivos agrícolas, ya que cerca de las ciudades no se encuentra siempre la variedad de cultivos apropiados para el abastecimiento, y se necesita asegurarlo si quedan aisladas; recién triunfada la revolución:

«Cataluña es eminentemente vinícola. Creemos que deberá procederse, sin contemplación, a desmontar buena parte de los viñedos para sembrar de cereales, que son más útiles y necesarios, las tierras que ocupan. Interrumpido el comercio con el exterior, sobrará mucho vino. En cambio, difícilmente sobrará pan.»<sup>56</sup>

Esta marcha hacia el campo la considera beneficiosa para la revolución y la economía: en cuanto que los obreros de la ciudad, más revolucionarios, podrán influir en comarcas agrícolas reaccionarias; y por la aportación de los obreros fabriles en las pequeñas industrias que están instaladas en los pueblos «al modernizarse con la colaboración fraternal de los obreros»<sup>57</sup>.

Pero todo ello está circunscrito a los primeros tiempos de la revolución, y por ello hemos utilizado más arriba el término provisional. «En una palabra, el trasplante de la población urbana al campo, transitorio, y que acabará con un movimiento inverso, constituirá un hermoso elemento de progreso para la población agraria.»<sup>58</sup>

Se hace necesario consignar también la labor de Joan Peiró, que, como uno de los líderes sindicalistas más importantes de la CNT, contribuirá a despejar dentro del movimiento anarcosindicalista cualquier idea tendente a la improvisación y al simplismo de aquellos que creen que la panacea de la revolución es el único vertedero propicio para los problemas con que tendrá que contar la sociedad anarcosindicalista. La sociedad industrial es perfectamente asumida en el pensamiento y en la acción de Peiró, quien puede considerarse como el militante anarcosindicalista que mejor asimila las teorías de Pierre Besnard sobre la función del sindicato en la sociedad comunista libertaria: las Federaciones de Industria y los técnicos son dos elementos esenciales, de los cuales es imposible prescindir en una estructura económica libertaria, porque, según Peiró, «el tipo de organización industrialista es la única que corresponde a las exigencias de la nueva fase de la evolución capitalista», y responde además a «un definitivo concepto revolucionario, ya que aquélla puede ser estructurada de forma perfectamente adecuada para asumir con garantías de éxito la gerencia de la economía social y, por ende, para establecer la base de la sociedad futura»<sup>59</sup>. Pero Peiró no despreciará por ello la posibilidad de contar con otros

<sup>55</sup> LEVAL, GASTÓN, *ibidem*.

<sup>56</sup> LEVAL, GASTÓN, *ibidem*, p. 173.

<sup>57</sup> LEVAL, GASTÓN, *ibidem*.

<sup>58</sup> LEVAL, GASTÓN, *ibidem* (el subrayado es nuestro).

<sup>59</sup> PEIRÓ, J., «La organización nacional de tipo industrialista», *El Combate Sindicalista*, Valencia, 5 de diciembre de 1935.

organismos, las cooperativas por ejemplo, que también contribuyan al engranaje de una organización social que no pueda dejar de lado, como lo hace el anarquismo agrario, las ventajas de la revolución industrial. Posiblemente no pueda darse a Peiró la misma categoría teórica que tienen Santillán o Leval, porque su preocupación se concretiza más en la resolución de los problemas cotidianos de la CNT, aunque su liderazgo cuenta con una de las bases teóricas más sólidas de entre los dirigentes cenetistas, y su peculiaridad reside precisamente en el deseo de plasmar en la realidad cotidiana la labor de los teóricos; por ello el estudio que sobre su obra prepara Pere Gabriel servirá, sin duda, para un conocimiento de una de las personalidades más importantes del movimiento obrero catalán y valenciano.

El binomio ciudad-campo en la II República requiere, sin duda, trabajos de todo tipo que despejen las incógnitas sociales y políticas de dos de los países catalanes que aquí hemos considerado: Valencia y Cataluña.

#### IV

La aproximación que hemos hecho a las actitudes económicas de los anarquistas necesita contar todavía con otros estudios que incidan en averiguar los planes y los análisis económicos que proponían los distintos grupos sociales. ¿Qué perspectivas económicas tenían los socialistas, por ejemplo? ¿Cuáles eran las diferencias esenciales en sus estructuras organizativas de la economía de la nueva sociedad con los anarquistas y anarcosindicalistas?

Es curioso, por ejemplo, que el agrarismo que hemos enmarcado como algo dominante en los años anteriores a la II República sea también propio de tendencias no específicamente identificadas con el movimiento libertario:

«Las ciudades actuales están hinchadas, entumecidas de detritus de masas de gentes que han venido a probar la suerte, que no han encontrado, y se agrupan y viven hacinados en las barriadas. Un día habrá necesidad de decirles, vosotros no tenéis que hacer nada en las ciudades. Volved a donde vinisteis, ir a vuestros campos. Y de esta forma tan natural las ciudades quedarán limpias. La civilización de la carretera (auto, camión) abre una nueva era [...]. La tierra del país podrá ser de nuevo ocupada, trabajada con amor y fruto.»

El texto corresponde a un artículo del diario *Arriba* de Falange Española: «Hacia una reorganización agraria», del 18 de abril de 1935. La posible identificación entre los grupos de Falange y los pequeños propietarios de Castilla la Vieja es algo que no debe olvidarse; como dice Fontana:

«los campesinos castellanos se afirmaron en la idea de que las ciudades, especialmente los núcleos industriales de la periferia, vivían a costa de su miseria. La llegada de la república y el planteamiento de una política de reforma agraria no mejoró las cosas para ellos. La reforma se preocupaba del reparto de la tierra y afectaba a los latifundios y braceros»<sup>60</sup>.

<sup>60</sup> FONTANA, J., *op. cit.*, p. 194.

La penetración de grupos que negaban la acción de la política parlamentaria dentro de Castilla, pero que no discutían el papel del Estado porque éste no era un cuerpo extraño como en Cataluña-Valencia, sino que tan sólo necesitaba transformarse en defensor de la verdadera justicia social superadora de las clases, lleva aparejado también la defensa de un agrarismo muy semejante al del anarquismo tradicional. La tímida nota de Bricall puede tener aquí todo su sentido cuando se refiere a cómo concebían los anarquistas la organización de la sociedad: «Potser pot trobar-se en aquest programa una línia ideològica formal —nomès formal— de gran ressò en les ideologies de les dretes peninsulars no liberals.»<sup>61</sup>

<sup>61</sup> BRICALL, J. M., «Ideologies i programes econòmics a Catalunya...», p. 244, *Recerques I*, Barcelona, 1970.

